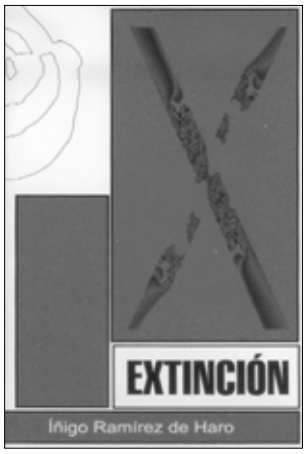
Extinción... y renacimiento

de Íñigo Ramírez de Haro

Ignacio Amestoy

Extinción
de
Íñigo Ramírez de Haro

Edición de
Ñaque, Ciudad Real 2002



Íñigo Ramírez de Haro (Zarauz, 1954) es un personaje peculiar dentro del colectivo de autores españoles. Diplomático de carrera, además de ingeniero y filólogo, mantenía desde hace años una discreta pero intensa relación con el teatro en muy diferentes frentes, como la interpretación, la dirección y la gestión, tanto en América como en España. No es de extrañar que, desde su experiencia y desde su sólida formación, haya desembocado en los últimos años en la autoría, quizás como consecuencia de su plena dedicación a la gestión teatral, y de manera muy fructífera, en la Casa de América de Madrid.

Ramírez de Haro nos deslumbró —esta es la palabra más adecuada—, en el 2000, con su obra *Hoy no puedo ir a trabajar porque estoy enamorado,* a quienes todavía no habíamos penetrado en su escritura. Ver sobre un escenario al gran actor Vladimir Cruz y los demás intérpretes de la obra, como Leire Berrocal, Roger Álvarez o Alberto Castrillo, dirigidos por Natalia Menéndez, poniendo en pie el corrosivo texto de Ramírez de Haro fue la mejor tarjeta de presentación de un autor con un imaginario muy consistente, que tenía cosas que decir y las decía de una forma muy contundente.

Otras obras, como *Luz i death, Di sí mula, Aún más turbación* o *Rapaces,* que antecedieron a aquella, y *Tu arma contra la celulitis rebelde, Negro contra Blanca* o *¿Pero es que me tengo que morir para que me hagáis caso?*, que le han seguido, nos amplían la geografía de la dramaturgia del autor, que, aunque no abandona un territorio de riesgo en su escritura, intenta un acercamiento, a veces desesperado pero siempre positivo, al espectador.

No prolifera entre quienes hoy en día escriben teatro esta preocupación por el espectador, por el público, factor que no dejó de obsesionar nunca a destacados autores de nuestra escena, desde Unamuno a Buero, pasando por García Lorca, cada uno, indudablemente, desde su perspectiva. Y no puedo dejar de considerar esta premisa en el teatro de Ramírez de Haro como un factor de lucidez.

Su obra *Extinción,* estrenada el 9 de octubre de 2002, en Buenos Aires, bajo una inteligente dirección del magnífico Rubén Szuchmacher —¡ojo a este recreador, de la estirpe de Víctor García y Jorge Lavelli!—, y vista en España, tanto en el «Festival de Cádiz» como en el «Festival de Otoño de Madrid» del mismo año, nos dan un perfil exacto del discurso con el que Ramírez de Haro quiere llegar a un público que él desea mayoritario.

Extinción, que en el montaje de Szuchmacher, contó con la actuación de cuatro grandes actores argentinos: Horacio Peña, Pablo Caramelo, Roberto Castro y la excepcional Ingrid Pelicori, nos ofrece las coordenadas precisas donde quiere situar su teatro Ramírez de Haro. Una escritura muy crítica —y hasta autocrítica—, que pone su texto en manos del arte de unos actores, para que llegue a un espectador al que se le ha de intentar integrar en el hecho escénico. A través del extraordinario trabajo de Szuchmacher y sus actores, se pudo comprobar el alto índice de resistencia de los materiales teatrales de este autor ingeniero.

El universo que expone Ramírez de Haro en *Extinción* no es sencillo, tampoco su estructura. El autor, en *Extinción,* toma uno de los cuatro jinetes de su apocalipsis particular y lo hace cabalgar por una arquitectura escénica bien trabada aunque no deje de ser laberíntica. Para *Extinción,* entre sus «cuatro bestias negras» confesadas: religión, nacionalismo, capital y familia, Ramírez de Haro toma prioritariamente esta última, la familia, para llevarla a la mesa de operaciones de las tablas para que desde allí Ariadna nos conduzca a los espectadores hacia una catarsis que no acaba en suicidio colectivo porque el público de hoy no es ya como el que pudo asistir en Atenas a las dionisíacas de Esquilo o Eurípides.

Cinco partes, a la manera clásica, tendrá esta moderna tragedia, que se nos antojará tragicomedia. En primer lugar, un prólogo, que nunca reconocerá el autor como tal, en el que la gran protagonista de la obra, el personaje femenino, Luz, en connivencia con una voz —o una escritura—, la del personaje *Texto, que no p*uede ser más que la del autor, a la manera de un deus ex machina, desvela a los espectadores, sus cómplices en el ritual, su destino: «morir en el teatro», intención no alejada de aquella otra de García Lorca, «vivir en el teatro».

Tras el prólogo, tres escenas, tres actos, tres episodios, a los que cabría el agregarles otros tantos estásimos corales, cosa que los cómicos argentinos no hicieron, lo que contribuyó a que la puesta en escena ganara en proximidad. Para encuadrarse en los postulados áticos, o incluso en las ordenanzas académicas de Richelieu, la obra tendría que alcanzar los cinco episodios, pero Ramírez de Haro, por raigambre, que de casta le viene al galgo, no deja de ser lopesco.

Y serán tres escenas, con tres antagonistas para Luz: su marido, Mario; su hijo, Iván, y su amante, Oto, un señor que saldrá del público... Magnífico personaje este «Oto», que no dejará de ser «otro» marido para Luz... ¿Y vuelta a empezar? Sí, pero desde la «extinción» de la familia...

En las tres escenas, un acontecimiento fundamental, una cena, un banquete, una comunión... La comedia menandrina, con su boda y banquete, se funde con la liturgia cristiana sacramental del matrimonio y la eucaristía. El ateo de Ramírez de Haro, chamán contemporáneo, hace que cada uno de los hombres prepare una cena; «romántica cena», en el caso de los dos amantes, «última cena», la que quiere celebrar el hijo. Y, en los tres casos, esa mujer, Luz, atada y bien atada. ¿El eterno femenino, Pandora enigmática, plegada al patriarcado inmisericorde?

La obra arremete contra la estructura familiar... El que escribe, observa esta deriva en otros autores contemporáneos españoles, como en la*s exper*iencias de Angélica Liddell*, y aún en* una pieza propia, Ederra, ya lejana. En el meollo de Extinción, un soberbio monólogo de Ramírez de Haro, a la griega también. Como una Medea, el personaje femenino, esa madre, Luz, ante la llegada de su hijo, comenzará diciendo: «¡Qué alegría que hayas venido! Me sentía tan sola. Ahora ya todo será distinto contigo...» En la melopea, que se emparenta con l*os mejores mo*m*entos del largo parlame*nto del reciente Arrabal, Carta de amor, como un suplicio chino, un estribillo inquietante, que era piedra mortífera y bella en la honda de la actriz argentina Ingrid Pelicori: «¿A que no me equivoco?» Toda la angustia, toda la desesperación, en esta reiterada pregunta que convierte el monólogo en música, en poesía dramática.

La obra, en su quinta parte, es un éxodo tragicómic*o, e*n *el cual ot*ra vez el personaje Texto, ahora sí que sí como deus ex machina, insta al público a participar en la fiesta báquica, dionisíaca, de amor y muerte, junto con Luz, madre y amante, que se convertirá en acogedor útero escénico en el que morir y en el que nacer. Extinción y renacimiento, para el espectador, para el público, para el teatro, en el seno de la madre escena.

Visión pesimista la de Íñigo Ramírez de Haro, dirán algunos. Visión optimista, dirán otros. *¿Qué dice* él? Leámosle en su prólogo a la pulcra edición que de Extinción ha hecho la meritoria Ñaque: «Cada día me resulta más difícil salir a la calle. Me apuntalan, me avasallan, me destrozan. Mi sensibilidad no aguanta. Y luego, el largo camino de la recomposición, de la compota. Al final, siempre sobra una pieza. Y van quedando menos. Estoy del mundo hasta los cojones».

El colega piensa que la visión de Íñigo Ramírez de Haro, a pesar de los pesares, es más optimista que pesimista. Y sólo una última palabra: resiste, autor. El público, ese público que buscamos, te lo acabará agradeciendo. ■